

La mediocridad de la **belleza**

Luis Camnitzer



Luis Camnitzer, Jane Doe, montaje digital.

El problema es decidir si el arte está para hacernos sentir cómodos o para explorar nuevas avenidas que hasta el momento son desconocidas. Personalmente creo en lo segundo y pienso que la cursilería o el *kitsch* es uno de los síntomas de lo primero. Para fundamentar mi posición habría que ver primero cómo se genera la belleza. Tengo como regla general no apelar a obras mías para ilustrar lo que digo porque me parece de mal gusto, pero aquí voy a hacer una excepción; los motivos de esta infracción se harán evidentes.

En los países de habla inglesa se utiliza el nombre Jane Doe para identificar a las mujeres de quien no se sabe el verdadero nombre o para las que se quiere mantener el anonimato. Es algo como fulana de tal, o N.N., pero más preciso, porque Jane Doe es un nombre que realmente toma el lugar del nombre original. No se sabe cuándo comenzó la costumbre, pero hay registros en

Inglaterra que datan de 1659, y probablemente a alguien ya se le había ocurrido la idea bastante antes.

El asunto es que el año pasado tuve la idea de hacer una especie de biografía y retrato de esta Jane Doe. Utilicé fragmentos de informes policiales, legales y periodísticos tomados de Google para hilar una narrativa bastante espeluznante en la que predominan los abusos sexuales, las violaciones y los accidentes con traumas violentos que afectan seriamente la simetría de las víctimas. Luego utilicé las imágenes correspondientes: caras mutiladas, a veces reconstruidas en yeso por los forenses, y generalmente carentes de esas cualidades que se puedan asociar con la belleza. Utilicé un programa especial, disponible gratuitamente en la Internet, que me permitió fusionar todas esas caras, cerca de cincuenta, en una cara única. Logré el retrato final de Jane Doe. Puse un cuidado especial para que cada una de las caras utilizadas tuviera

el mismo porcentaje en la suma final y que ninguna pudiera predominar sobre las demás. Fue, en mi vida, la experiencia que más me acercó a la realización de un milagro. Había creado las condiciones para que naciera una nueva Madonna, una especie de santa que emergió de lo que, al menos en parte, seguramente era un grupo pecaminoso y de mala vida. En fin, una verdadera belleza, por lo menos para mi gusto.

Claro que luego me expliqué el fenómeno más racionalmente. No hubo milagro. Lo que sucedió fue que en las superposiciones se iban confirmando los rasgos regulares y comunes, mientras que los rasgos particulares y accidentales se iban borrando. Si una candidata tenía una nariz torcida y las otras cuarenta y nueve tenían narices derechas, al final la torcida desaparecía. O sea que el retrato final era un promedio “limpiado” de todos los ejemplos particulares.

Me consideré sumamente perspicaz con mis conclusiones, orgulloso pero también triste porque el milagro no había ocurrido. Mi orgullo desapareció abruptamente cuando para escribir este texto fui a la ineludible Wikipedia a ver que me decía sobre la belleza. Utilicé la página en inglés, donde en referencia a la belleza humana dan información (entre otras cosas) sobre Francis Galton, un primo de Charles Darwin. Yo ya había tenido referencias sobre Galton, porque fue uno de los iniciadores del movimiento eugenista. Ya en su época, la ideología eugenista se había puesto de

moda en Inglaterra y en los Estados Unidos; primero se utilizó para justificar la esterilización de criminales y enfermos mentales, y luego, sirvió como plataforma para los intentos de purificación racial de la Alemania nazi. Lo que no sabía, sin embargo, era que en 1883 este mismo Galton empezó a superponer fotografías de vegetarianos y de criminales, buscando los elementos comunes más típicos. La página de Wikipedia no aclara si lo típico se refería a cada categoría por separado, o si esperaba encontrar algo común entre vegetarianos y criminales. Pero lo importante es que, en sus esfuerzos, Galton descubrió que superponiendo las caras, la suma iba produciendo rasgos faciales cada vez más atractivos. Fue con esta información que mi tan meritoria perspicacia se fue al diablo, y me quedé sin milagro y sin orgullo.

A pesar del racismo de Galton, o por lo menos de las consecuencias racistas de sus ideas —no sé demasiado sobre Galton, pero el hombre, aunque quizás despistado, no era un idiota— me quedaron conclusiones interesantes. De acuerdo con toda esta investigación, el promedio resulta más bello que el caso particular. En términos de evolución biológica parece que es completamente lógico y natural que ese promedio sea sexualmente más atractivo que cada uno de los ejemplos aislados, ya que nos protege de ciertas mutaciones. En otras palabras, parece que por razones biológicas nos atrae más una cierta mediocridad estética. En términos de las leyes de evolución, esta mediocridad confirma los resultados que ya tuvieron

éxito y nos lleva a desconfiar de la experimentación con los casos particulares que están fuera de la norma. Uno podría especular que el tabú del incesto tiene el mismo origen. El incesto confirma y subraya las desviaciones de ese promedio porque sucede fuera de él y confirma casos particulares. Eso puede explicar también por qué el juicio estético con respecto a los parientes, en general, se suspende. Hay una falta de distancia del promedio porque el enfoque está en una relación individual y particularizada.

Pienso que, en el arte, la situación de la belleza no es muy distinta y resulta coherente con todo lo anterior. En el arte existe una gran cantidad de recetas formales, la regla áurea entre ellas, que garantizan los resultados agradables y eliminan los accidentes y las desviaciones. Son reglas que trascienden los ámbitos culturales, es decir que tienen un cierto grado de universalidad, lo que permite suponer que también tienen una base biológica.

Stanislas Dehaene explica cómo la lectura de la palabra escrita, sea cual fuere el idioma, activa siempre la misma pequeña zona en la corteza cerebral dentro del hemisferio izquierdo. Su teoría es que ciertos elementos básicos de las letras, grafismos lineales que facilitan la lectura, vienen incluidos en los circuitos de las neuronas. Otras percepciones, como las de superficies de color, rasgos faciales y lugares espaciales, activan zonas completamente

distintas¹. Hay un estudio que demuestra que los taxistas de Londres tienen una zona del cerebro que es más grande que la correspondiente en los ciudadanos normales, y que esto se debe a la constante experiencia de ubicación visual-espacial. Dehaene cita a J.P. Changeux, quien dice que “una obra de arte es percibida como ‘maestra’ cuando estimula múltiples procesos cerebrales en una forma nueva, sincrónica y armoniosa”². Sería interesante estudiar si las zonas del cerebro comprometidas en la percepción de la belleza crecen con un uso frecuente.

Considerando entonces los promedios de Galton y la posibilidad de que la belleza tenga un lugar preasignado en nuestros cerebros, tendríamos también una respuesta a la disyuntiva que contrapone lo local y lo universal. Se trataría solamente de promedios distintos. Si bien hay invariantes básicas en el cerebro que son universales, como la predisposición al reconocimiento facial, la estética local enfatizaría el promedio de las variables de un entorno particular. La belleza universal, en cambio, sería el producto de un promedio global. Ambas bellezas son válidas, pero, apelando a la metáfora, no dejan de ser un papel de envolver que nos separa del regalo.

¹ Stanislas Dehaene, *Reading in the Brain*, N. Y., Viking, 2009.

² *Ibid.* pp. 309-310.

Luis Camnitzer. Graduado en Escultura de la Escuela Nacional de Bellas Artes, Universidad de la República, Uruguay, donde desarrolló estudios de arquitectura; estudió escultura y grabado en la Academia de Artes Plásticas de Munich.

En 1961 y en 1982 recibió la Beca Guggenheim. En 1998 obtuvo el premio anual de la crítica de arte latinoamericana otorgado por la Asociación Argentina de Críticos de Arte. Entre 1999 y 2006 fue curador para artistas emergentes en The Drawing Center, de Nueva York. Fue curador pedagógico de la Sexta Bienal de Mercosur en 2007 (Brasil).